

LA V CUMBRE FRANCO - AFRICANA DE PARIS

Cuando Francia realizó la descolonización de sus antiguas posesiones en el Africa negra logró, sin embargo, como es harto conocido, el conservar con casi todas ellas una «relación especial».

Varios factores contribuyeron al mantenimiento de estos vínculos privilegiados, mirados con desconfianza, cuando no con abierta hostilidad, por aquellos países africanos que se consideran «progresistas».

Fundamental fue evidentemente el prestigio internacional del presidente francés bajo el que se llevó a cabo el proceso descolonizador; también influyó en aquella hora el profundo impacto y aceptación de los modos, formas de vida y cultura franceses por las *élites*—hasta esta palabra francesa toma carta de naturaleza en este marco—que en tal coyuntura recibieron en los nuevos Estados independientes el poder pacíficamente transferido por la Metròpoli.

Pero el proceso no se interrumpió con la independencia. Hoy en día existen en aquellos países, por lo menos, el doble de asesores, técnicos, hombres de negocios o profesores de la antigua metròpoli que cuando obtuvieron la plena soberanía.

Se ha mantenido constante e inalterable la política gala de asimilación cultural, de forma que en aquellos países el idioma francés está más arraigado y extendido que hace dos décadas.

Las relaciones comerciales entre Francia y sus antiguas colonias africanas son tan importantes como vitales para la ex Metròpoli, que recibe de ellas materias primas esenciales para su industria: el petróleo de Gabón, el uranio de Níger, el hierro de Mauritania...

Con todos los nuevos Estados mantiene Francia tratados de cooperación y todos reciben también, de una forma u otra, su ayuda económica y técnica.

Tal urdimbre de relaciones tuvo un evidente reflejo político y militar.

Durante la época gaullista, Francia intervino varias veces en favor de gobiernos africanos amenazados por subversión interna y, por otra

parte, la ex Metrópoli contó en los foros internacionales con el apoyo casi sin fisuras de todas sus antiguas colonias en el Africa latina.

Tales relaciones se institucionalizaron mediante organismos multinacionales en que cooperaban los nuevos Estados, dentro de una tónica moderada en el plano exterior, como son la OCAM o el Consejo de la Entente¹.

Mientras que paralelamente, entre la antigua metrópoli y cinco de aquellos países—Costa del Marfil, Gabón, Senegal, Togo y Yibuti—están en vigor sendos Tratados de Defensa y de Cooperación Militar con veintidós naciones africanas, aunque los firmados con Benin y Madagascar estén hoy *de facto* suspendidos a causa de la evolución de ambos países en el último quinquenio hacia posiciones «radicales».

Como resultado de todo ello, Francia ha conservado—con el beneplácito de los interesados—bases militares en cuatro naciones africanas—Costa del Marfil, Gabón, Senegal y Yibuti—, ha ayudado militarmente—a solicitud de los gobiernos respectivos—a Chad y Mauritania y actualmente mantiene en Africa—según cálculos de *Le Nouvel Observateur*—fuerzas militares—de guarnición, apoyo o asesoramiento—por un total de 13.595 hombres, distribuidos en diecinueve Estados de aquel continente, en el territorio de Mayotte y en el Departamento ultramarino de Reunión.

Vínculos políticos y presencia militar que en la hora presente han hecho de Francia, entre las antiguas potencias coloniales, la única que haya sido capaz de conservarlos sin tropezar con la hostilidad general del continente y encontrando, por el contrario, no pocos aliados entre los países moderados del Africa latina.

Tales relaciones y vínculos se han venido institucionalizando en forma global en los últimos años por las conferencias periódicas entre Francia y diversos países africanos², con el nombre de Conferencias Presidenciales Franco-Africanas³, aunque en puridad y hasta ahora sólo hayan participado en las mismas países del Africa latina, instrumentalizando a nivel multinacional y bicontinental las relaciones existentes.

¹ Vid. art. por el autor: «La OCAM, evolución de una organización africana de integración» y «El Consejo de la Entente», en la REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL núms. 138 (marzo-abril 1975) y 142 (noviembre-diciembre 1975), respectivamente.

² Estas han sido hasta ahora: la I, en París, en 1973; la II, en Bangui, en 1975; la III, en Versalles, en 1976; la IV, en Dakar, en 1977, y la V, de que ahora nos ocupamos, en París, en 1978.

³ Vid. art. por el autor: «Las Conferencias presidenciales franco africanas» y «La cumbre franco-africana de Dakar», en la REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL núms. 148 (noviembre-diciembre de 1976) y 152 (julio-agosto de 1977), respectivamente.

La V de estas reuniones estaba convocada en París—de acuerdo con la alternancia de las mismas entre ambos continentes—para el 22 de mayo de 1978, con un orden del día dedicado principalmente, como en las anteriores, a la cooperación económica y técnica entre Francia y los países africanos; pero la coyuntura en que se celebró hizo que figurasen en lugar destacado los temas relativos a la seguridad colectiva africana, que por imperativo de las circunstancias externas hubieron de ser tratados en dicha reunión.

En efecto, el 11 de mayo, once días antes de iniciarse la misma, se había producido la conocida invasión del sur del Zaire—incidentes conocidos como «Shaba II»—, con la consiguiente intervención franco-belga para salvar la vida de los europeos residentes en Kolwezi, y el 22 de dicho mes, al comenzar la «cumbre» parisiense, los incidentes de Shaba, cuya gravedad no se ocultaba a ningún país africano, estaba aún en pleno apogeo⁴.

En tales circunstancias, la intervención francesa en los mismos provocó una reacción general, disímil según los distintos países, aunque desde luego raro fue el que permaneció indiferente ante los acontecimientos, que si en otra época hubiesen tenido un carácter puramente local, en el contexto en que se produjeron era ya imposible⁵. Temas como el de la intervención extranjera en Africa, el de «los mercenarios», etc., constituyen asunto vidrioso y tabú para los países africanos «progresistas», aunque sus criterios—como hemos señalado en estas páginas en muchas ocasiones—suelen pecar de una moralidad un tanto selectiva; por ello, como veremos más adelante, los hechos anteriores tuvieron la virtud de dividir a las naciones africanas, tanto con respecto a los mismos y a la reacción francesa frente a ellos, como hacia la propia «cumbre» afro-gala de París.

La Conferencia duró tan sólo dos días, el 22 y 23 de mayo de 1978, pero prueba de la trascendencia otorgada a la misma lo constituyó el hecho de que participasen más Estados africanos que en ninguna de las cuatro anteriores y a que estuviesen representados, a uno u otro

⁴ El día anterior en la mañana, el que escribe estas líneas llegaba a Lusaka, llena de periodistas extranjeros, entre ellos alguno español, imposibilitados de trasladarse al lugar de los hechos por haberse cerrado la frontera de Zambia con Zaire, aunque aviones militares británicos seguían transportando a los hospitales de Lusaka heridos procedentes de Shaba. La conciencia sobre la gravedad de los hechos era general en todos los ambientes y sobre ello podría relatar más de una sabrosa anécdota.

⁵ Resulta curioso señalar como un hecho histórico, de características tan similares a la guerra española, como fue la Revolución mejicana, apenas tiene repercusión exterior; sin embargo, a partir de la guerra de Etiopía, los conflictos antes localizados pasan a tener un impacto fuera de sus fronteras y producen un apasionamiento y una toma de posiciones, con pretextos ideológicos, en personas o países que los conocen insuficientemente, que los malinterpretan y que en puridad no debieran sentirse afectados ni interesados en ellos.

nivel, 21 países de aquel continente⁶, entre los 28 que constituyen el África latina.

De las antiguas colonias francesas sólo dejaron de estar presentes: Comoros, que, no obstante el contencioso de Mayotte y su política radical en aquella época, había participado en el cónclave de Dakar el año anterior, pero que —prueba de lo inestable de la situación africana— acababa de experimentar el 13 de mayo un golpe de Estado que daba al traste con el gobierno de Ali Soilih y que parece precisamente reiniciar una aproximación a Francia; tampoco estuvo presente Guinea —Conakry—, a pesar de la reciente distensión en sus relaciones con Francia y sus vecinos afro-latinos; Camerún y Madagascar, amén de Guinea Ecuatorial, voluntariamente marginada de este tipo de reuniones, así como —por obvios motivos— Mozambique y Angola.

Resultó especialmente significativa la presencia de Benin y de la República Popular del Congo, países de tendencia inequívocamente «progresista» y ausente el segundo de la «cumbre» de Dakar, así como la de Mauritania, más vinculada al África árabe que a la latina y voluntariamente ausente de las anteriores «cumbres» afro-galas, pero que, por imperativos de su política interior y por la ayuda recibida del Gobierno de París en su conflicto con el Polisario, juzgó necesario asistir, estando representada al máximo nivel por su presidente, Moktar Uld Daddah, que, precisamente en el marco de la fluidez política africana a que antes aludimos, sería derribado el 10 de julio siguiente por un golpe militar.

Asistieron, sí, las antiguas posesiones belgas, tres ex colonias de Portugal y los Estados insulares de Seychelles y Mauricio, miembros de la Commonwealth pero de conocidas vinculaciones históricas y lingüísticas a Francia.

Tal vez nada refleje mejor el tenso ambiente del cónclave que la inesperada aparición, en el segundo día del mismo, del mandatario zaireño en uniforme de combate⁷.

La Conferencia trató de la cooperación económica euroafricana y política entre Francia y África, y sobre la seguridad y defensa africanas. En el contexto internacional en que se celebró fue este último tema, no obstante no ser prioritario, el que acaparó el interés internacional.

⁶ Por Benin, Costa del Marfil, Gabon, Alto Volta, Imperio Centrafricano, Mali, Mauritania, Níger, Chad, Ruanda, Senegal, Seychelles, Togo, Yibuti y Zaire, asistieron los respectivos Jefes de Estado; Burundi y Mauricio, estuvieron representados por su primer ministro; Guinea Bissau y Cabo Verde, por un ministro del Gobierno, y Congo, Santo Tomé y Príncipe, a nivel de embajadores.

⁷ El primer día de la Conferencia el Zaire había estado representado por su primer comisario de Estado (primer ministro).

LA V CUMBRE FRANCO-AFRICANA DE PARÍS

Aunque Francia, conociendo cuántas y cuán hondas susceptibilidades levanta en los medios africanos, procuró mantener una postura distante en el tema y tan neutral como hacían posible las circunstancias, no pudo evitar, como veremos, que su tratamiento en la Conferencia de París provocara una polémica que dura todavía en el momento de escribir estas líneas (julio de 1978) y que tiene mucho más de apriorística y de apasionamiento que de un estudio cuidadoso de las discusiones de que fuera objeto el espinoso tema en el curso de la Conferencia y de las decisiones efectivamente adoptadas en la misma.

La posición de la antigua metrópoli quedó claramente expuesta en el discurso de apertura pronunciado por el mandatario francés, en el que señaló que su país, tras la descolonización, no perseguía en África otro objetivo que el proporcionar ayuda económica a los flamantes Estados, pero que en los últimos años se había visto cada vez más requerido por aquéllos en solicitud de ayuda militar, dada la debilidad de sus Fuerzas Armadas y el ser víctimas de agresión externa. Recalcó que la responsabilidad primordial en el mantenimiento de la seguridad en África recae en los países directamente interesados y que aquel continente no debe verse involucrado en la política de rivalidad de los grandes bloques internacionales —declaración esta última entusiásticamente acogida en los medios oficiales chinos⁸—, y que la intervención francesa sólo ha proporcionado ayuda técnica limitada, ya que el principio inspirador de la política francesa en sus relaciones con aquel continente es el de «África para los africanos», aunque también tenga el deber de protegerlos de aquellos elementos «no africanos» que siembren la violencia⁹.

La Conferencia concluyó sus discusiones sobre este tema recomendando una mayor cooperación entre los miembros en materias de Defensa, y el presidente Senghor, de Senegal, se encargó de realizar un estudio sobre la posibilidad de crear unas fuerzas conjuntas de intervención de los Estados africanos que éstos pudiesen utilizar en una situación de emergencia.

Tal idea no constituye novedad: había sido propuesta ya en la «cumbre» franco-africana de Dakar el año anterior; la había sugerido también el presidente francés a su colega Houphouët-Boigny en enero de 1978 con motivo de una visita oficial a Costa del Marfil, y el mandatario gabonés, Omar Bongo, entonces presidente de la OUA, había expuesto en diversas ocasiones esta misma idea.

⁸ Véase *Peking Review* núm. 23, 9 junio 1978.

⁹ Véase texto en *Le Monde*, de París, 23 de mayo de 1978.

La Conferencia aprobó la cooperación militar con la oposición de Benin y reservas por parte de Alto Volta, Mali y Níger, reflejadas en las declaraciones del presidente de este último país, Seyni Kuntache, de considerar «prematura» esta cooperación con carácter multilateral y sugerir un mayor énfasis en los acuerdos militares bilaterales existentes con Francia.

Poco después las propuestas del presidente senegalés cristalizaron en la creación de las fuerzas panafricanas que reemplazaron en Shaba a las tropas francesas, que el Gobierno de Kinshasa hubiera deseado mantener por seis meses más¹⁰.

La «cumbre» concluyó adoptando una moción que aprobaba la acción francesa en Africa y expresando el deseo que no sólo de ella dependiese su seguridad y defensa.

En tal sentido pocos días después, con motivo de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Desarme, celebrada en Nueva York, el presidente francés sugirió, al parecer, a su colega norteamericano que Estados Unidos adoptase una actitud más dinámica en relación con la seguridad y defensa de los países africanos.

Más que las propias resoluciones de la Conferencia, la evolución ulterior de las relaciones franco-afrolatinas provocó apasionadas polémicas entre los países africanos y no solamente entre ellos.

El temor a la intervención extracontinental, y concretamente a la de inspiración comunista, motiva la cálida acogida que tales resoluciones reciben en los países africanos «moderados», participantes o no en la Conferencia.

El presidente gabonés manifestó que: «nosotros los africanos debemos asumir la responsabilidad de nuestra propia defensa tan pronto como sea posible», y tras señalar —evidente alusión a los sucesos de Shaba— que «nada puede justificar el genocidio, el asesinato y la masacre», propuso, en declaraciones hechas a la Prensa una vez concluida la Conferencia, que el Pacto de Defensa existente entre Costa del Marfil, Mali, Mauritania, Senegal, Togo y Alto Volta, en el Africa occidental, se hiciese extensivo a las naciones latinas del Africa central, sometiendo oportunamente tal acuerdo a la OUA.

Por su parte, Houphouet-Boigny, una de las más destacadas personalidades del bloque «moderado» africano, abundó en tales opiniones e indicó que: «Contamos con el apoyo francés sin experimentar por

¹⁰ Participaron en las mismas contingentes de Marruecos, Senegal, Gabón, Imperio Centro-africano, Costa del Marfil, Togo y Egipto.

ello el menor complejo, lo mismo que los miembros europeos de la NATO cuentan con el norteamericano y los países de la Europa oriental con el de la Unión Soviética, en caso de ser atacados.»

Tanto el presidente togoleño como el emperador centroafricano y el presidente egipcio apoyaron cálidamente las decisiones aprobadas en París y la ayuda militar al Gobierno zaireño, cuyo propio presidente, al expresar su oposición a que una fuerza de «todos» los Estados africanos —es decir, patrocinada por la OUA— se encargase de asegurar la protección del continente, manifestó que «sólo aquellos países amenazados por la perniciosa coalición de la Unión Soviética y de Cuba» debían unir sus fuerzas para protegerse a sí mismos.

Tal actitud distó de ser unánimemente compartida, especialmente entre los países del Africa sajona y los más radicales del Africa árabe, que alegaban que las aludidas resoluciones constituían un caballo de Troya para la reintroducción del colonialismo en el continente, que prescindían de la OUA y que sólo servían para apuntalar regímenes impopulares.

De ello se hizo eco el ministro de Relaciones Exteriores de Nigeria, brigadier Garba, al manifestar que si bien el Gobierno de Kinshasa tenía derecho a solicitar ayuda de quien pudiese prestársela, ésta debía canalizarla la OUA y no potencias extracontinentales; en términos aún más tajantes se expresaría el presidente de Tanzania, que, por otra parte, catorce años antes no había vacilado en solicitar y obtener la ayuda militar de su antigua metrópoli para hacer frente a un motín de las Fuerzas Armadas.

Tal polémica rebasó el ámbito continental siguiendo las preferencias ideológicas y los intereses políticos de los países en ella participantes, de modo que si China se mostró, como dijimos, favorable, la fuerza panafricana sería rotundamente condenada por la Unión Soviética como «represiva para los Movimientos de Liberación de Africa».

Pero no solamente se aprobaron en la «cumbre» de París, y ello por motivos coyunturales, estas resoluciones sobre cooperación militar, sino que, y sustancialmente de mayor trascendencia a largo plazo, hubo acuerdos en el plano puramente político y, sobre todo, en el de la cooperación económica.

En el primero de ellos se aprobó la creación de un Comité de Estudios, constituido por cinco especialistas en representación de las principales organizaciones de ámbito regional y presidido por el ministro de Negocios Extranjeros de Senegal, para que examinase las instituciones que vinculan a los jefes de Estado y de Gobierno de los países francófonos.

LUIS MARINAS OTERO

Mientras que en el plano económico se resaltó por la «cumbre» la necesidad de intensificar el diálogo Norte-Sur, se expresó la satisfacción de los Estados participantes por los resultados obtenidos por el Acuerdo de Lomé, se expresó la necesidad de mantener y reforzar la cooperación entre Europa y Africa y, en especial, de una mayor ayuda económica por parte de los países industrializados a los Planes de Desarrollo africanos.

Concluyendo con el compromiso francés, anunciado por el presidente galo, de que su país proporcionaría 60 millones de francos en 1978 y 100 millones en 1979 para el programa especial contra la sequía. Promesas acogidas con general satisfacción por los países africanos participantes, varios de los cuales se encuentran situados en la zona del Sahel.

Por último se acordó que la próxima «cumbre» franco-africana se celebre en Kigali (Ruanda) en 1979.

LUIS MARINAS OTERO